

En cada texto:

- Autor
- Etapa o corriente destacada (poesía pura, neopopularismo, surrealismo, neorromanticismo, clasicismo...)
- Rasgos tradicionales y vanguardistas

POEMA 1

Ayer te besé en los labios.
Te besé en los labios. Densos,
rojos. Fue un beso tan corto,
que duró más que un
relámpago, que un
milagro, más. El tiempo
después de dártelo
no lo quise para nada ya,
para nada
lo había querido antes.
Se empezó, se acabó en él.

Hoy estoy besando un beso;
estoy solo con mis labios.
Los pongo
no en tu boca, no, ya no...
-¿Adónde se me ha escapado?-.
Los pongo
en el beso que te di
ayer, en las bocas juntas
del beso que se besaron.
Y dura este beso más
que el silencio, que la luz.
Porque ya no es una carne
ni una boca lo que beso,
que se escapa, que me huye.
No.
Te estoy besando más lejos.

POEMA 2

LOS ÁNGELES MUERTOS

Buscad, buscadlos:
en el insomnio de las cañerías olvidadas,
en los cauces interrumpidos por el silencio de las basuras. No
lejos de los charcos incapaces de guardar una nube, unos ojos
perdidos,
una sortija rota
o una estrella pisoteada.
Porque yo los he visto:
en esos escombros momentáneos que aparecen en las neblinas.
Porque yo los he tocado:
en el destierro de un ladrillo difunto,
venido a la nada desde una torre o un carro.
Nunca más allá de las chimeneas que se derrumban ni de esas
hojas tenaces que se estampan en los zapatos. En todo esto.
Mas en esas astillas vagabundas que se consumen sin fuego, en
esas ausencias hundidas que sufren los muebles desvencijados,
no a mucha distancia de los nombres y signos que se
enfrian en las paredes.
Buscad, buscadlos:
debajo de la gota de cera que sepulta la palabra de un libro o la
firma de uno de esos rincones de cartas
que trae rodando el polvo.
Cerca del casco perdido de una botella,
de una suela extraviada en la nieve,
de una navaja de afeitar abandonada al borde de un
precipicio

POEMA 3

Te quiero.

Te lo he dicho con el viento,
jugueteadando como animalillo en la
arena
o iracundo como órgano impetuoso;

Te lo he dicho con el sol,
que dora desnudos cuerpos juveniles
y sonríe en todas las cosas
inocentes;

Te lo he dicho con las nubes,
frentes melancólicas que sostienen
el cielo,
tristezas fugitivas;

Te lo he dicho con las plantas,
leves criaturas transparentes
que se cubren de rubor repentino;
Te lo he dicho con el agua,
vida luminosa que vela un fondo de sombra;
te lo he dicho con el miedo,
te lo he dicho con la alegría,
con el hastío, con las terribles palabras.

Pero así no me basta:
más allá de la vida,
quiero decírtelo con la muerte;
más allá del amor,
quiero decírtelo con el olvido.

POEMA 4

Para vivir no quiero
 islas, palacios, torres.
 ¡Qué alegría más alta:
 vivir en los pronombres!
 Quítate ya los trajes,
 las señas, los retratos;
 yo no te quiero así,
 disfrazada de otra,
 hija siempre de algo.
 Te quiero pura, libre,
 irreductible: tú.
 Sé que cuando te llame
 entre todas las gentes
 del mundo,
 sólo tú serás tú.
 Y cuando me preguntes
 quién es el que te llama,
 el que te quiere suya,
 enterraré los nombres,
 los rótulos, la historia.
 Iré rompiendo todo
 lo que encima me echaron
 desde antes de nacer.
 Y vuelto ya al anónimo
 eterno del desnudo,
 de la piedra, del mundo,
 te diré:
 «Yo te quiero, soy yo».

POEMA 5

¡Ay qué trabajo me cuesta
 quererte como te quiero!
 Por tu amor me duele el aire,
 el corazón
 y el sombrero.
 ¿Quién me compraría a mí
 este cintillo que tengo
 y esta tristeza de hilo
 blanco, para hacer pañuelos?
 ¡Ay qué trabajo me cuesta
 quererte como te quiero!

POEMA 6

El mar. La mar.
 El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
 a la ciudad?
 ¿Por qué me desenterraste
 del mar?

En sueños la marejada
 me tira del corazón;
 se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste
 acá?

POEMA 7

El alma tenías
 tan clara y abierta,
 que yo nunca pude
 entrarme en tu alma.
 Busqué los atajos
 angostos, los pasos
 altos y difíciles...
 A tu alma se iba
 por caminos anchos.
 Preparé alta escala
 -soñaba altos muros
 guardándote el alma-,
 pero el alma tuya
 estaba sin guarda
 de tapial ni cerca.
 Te busqué la puerta
 estrecha del alma,
 pero no tenía,
 de franca que era,
 entrada tu alma.
 ¿En dónde empezaba?
 ¿acababa, en dónde?
 Me quedé por siempre
 sentado en las vagas
 lindes de tu alma.

POEMA 8

La aurora de Nueva York tiene
 cuatro columnas de cieno
 y un huracán de negras palomas
 que chapotean en las aguas podridas.
 La aurora de Nueva York gime
 por las inmensas escaleras
 buscando entre las aristas
 nardos de angustia dibujada.

La aurora llega y nadie la recibe en su boca
 porque allí no hay mañana ni esperanza posible.
 A veces las monedas en enjambres furiosos
 taladran y devoran abandonados niños.
 Los primeros que salen comprenden con sus huesos
 que no habrá paraísos ni amores deshojados;
 saben que van al cieno de números y leyes,
 a los juegos sin arte, a sudores sin fruto.
 La luz es sepultada por cadenas y ruidos
 en impúdico reto de ciencia sin raíces.
 Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes
 como recién salidas de un naufragio de sangre.

POEMA 9

Dejé por ti mis bosques, mi perdida
arboleda, mis perros desvelados,
mis capitales años desterrados
hasta casi el invierno de la vida.

Dejé un temblor, dejé una sacudida,
un resplandor de fuegos no apagados,
dejé mi sombra en los desesperados
ojos sangrantes de la despedida.

Dejé palomas tristes junto a un río,
caballos sobre el sol de las arenas,
dejé de oler la mar, dejé de verte.

Dejé por ti todo lo que era mío.
Dame tú, Roma, a cambio de mis penas,
tanto como dejé para tenerte.

POEMA 11

No decía palabras,
acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
porque ignoraba que el deseo es una pregunta
cuya respuesta no existe,
una hoja cuya rama no existe,
un mundo cuyo cielo no existe.

La angustia se abre paso entre los huesos,
remonta por las venas
hasta abrirse en la piel,
surtidores de sueño
hechos carne en interrogación vuelta a las nubes.

Un roce al paso,
una mirada fugaz entre las sombras,
bastan para que el cuerpo se abra en dos,
ávido de recibir en sí mismo
otro cuerpo que sueña;
mitad y mitad, sueño y sueño, carne y carne,
iguales en figura, iguales en amor, iguales
en deseo. Aunque sólo sea una esperanza
porque el deseo es pregunta cuya respuesta nadie sabe.

POEMA 10

Invitación al llanto. Esto es un llanto,
ojos, sin fin, llorando,
escombrera adelante, por las ruinas
de innumerables días.
Ruinas que esparce un cero -autor de nada,
obra del hombre-, un cero, cuando estalla.

Cayó ciega. La soltó,
la soltaron, a seis mil
metros de altura, a las cuatro.
¿Hay ojos que le distinguan
a la Tierra sus primores
desde tan alto?
¿Mundo feliz? ¿Tramas, vidas,
que se tejen, se destejen,
mariposas, hombres, tigres,
amándose y desamándose?
No. Geometría. Abstractos
colores sin habitantes,
embuste liso de atlas.
Cientos de dedos del viento
una tras otra pasaban
las hojas
-márgenes de nubes blancas-
de las tierras de la Tierra,
vuelta cuaderno de mapas.
Y a un mapa distante, ¿quién
le tiene lástima? Lástima
de una pompa de jabón
irisada, que se quiebra;
o en la arena de la playa
un crujido, un caracol
roto
sin querer, con la pisada.